

Y CUANDO EL DINOSARIO DESPERTÓ NOSOTROS SEGUIAMOS AHI

Lorenzo Meyer

El Gran Saurio. En el esfuerzo por mantener la esencia del pequeño cuento de Tito Monterroso, el título de esta columna no es fiel a la realidad del retorno del saurio priista. Y no lo es, porque éste nunca estuvo dormido tras ser expulsado en el 2000 por la sociedad mexicana de su lugar de privilegio sino en duerme vela. Fue el espectacular fracaso, de su sustituto, la derecha panista y la debilidad de una izquierda derrotada en 2006, lo que despabiló y animó al PRI a recuperar lo que había sido suyo por 71 años: la presidencia de la República. Sin embargo, el entorno social y político al que busca volver el saurio ya no es el que era, ya cambio.

La expulsión del PRI de “Los Pinos” pudo haber sido el principio de su decadencia y quizá de su desaparición, pero no fue el caso. Cuando esa criatura producto de nuestro siglo XX fue echada de la presidencia, se marchó a reponerse y sobrevivir en aquellas zonas del país que no fueron muy afectadas por el cambio del clima político, como el Estado de México, Veracruz o Tamaulipas. Ahí el PRI efectivamente recuperó fuerza en tanto su vencedor, el PAN, se desgastó a gran velocidad y la izquierda se dividió más de lo que ya estaba. Por eso el PRI ha vuelto al centro de la

escena en el momento exacto y usando los métodos que históricamente le son propios.

Y que no se argumente que en su retiro el PRI cambió. Ese partido sigue a fiel a sus orígenes y a su historia. Indicadores de esto abundan: la impunidad que Enrique Peña Nieto (EPN) dio a quien lo protegió, el ex gobernador del Estado de México, Arturo Montiel; la forma como en 2006 EPN y Ulises Ruiz buscaron acabar con la protesta social en Atenco y Oaxaca, los acuerdos para hacer jugar a la televisión en estas elecciones al lado de EPN y documentados aquí y en el exterior, la manera ilegal e ilegítima en que se manipularon los recursos públicos de Coahuila, la compra de votos en gran escala, etcétera. Todos son ejemplos de que el tigre ni quiere ni puede quitarse las rayas.

No es posible saber cuál será el efecto final de este ya inminente retorno del PRI al poder, pero tenemos derecho a imaginarlo basándonos en el examen de su biografía tanto a nivel nacional como local, en el Estado de México.

Lo que está en Juego. A diferencia de lo que asegura la prensa internacional, (*Financial Times*, 2 de julio), en la elección del 2012 no se quiso hacer triunfar a una opción de centro. Desde hace casi tres décadas, la dirigencia priista optó por colocarse abiertamente a la derecha. Y la

suya no es una derecha democrática, sino una forjada en la sub cultura del que fuera el partido autoritario más exitoso del mundo en el siglo XX - y aquí éxito se define como el tiempo en que ese partido pudo mantenerse en el poder de manera ininterrumpida.

La tercera ola democrática de la historia moderna mundial, la que se inició en Portugal en 1974 y que llegó a su punto culminante en los 1990 con la implosión de la Unión Soviética, también llegó a México; en parte por eso el partido creado hace 83 años por Plutarco Elías Calles se vio obligado a aceptar su derrota en las urnas en el 2000.

Esa capitulación del PRI, aunada a la atmósfera creada en 2010 por una cuarta ola democrática iniciada con la caída de dictaduras en el África del Norte y el Cercano Oriente, pudieron haber hecho creer a los optimistas que partidos como el PRI se mantendrían marginados o de plano desaparecerían, ahogados por el peso de sus abusos y su corrupción y que finalmente se podía vislumbrar el tiempo de la izquierda. Sin embargo, lo ocurrido en Taiwán, donde el Kuomintang, otro partido autoritario, fue capaz de sobrevivir al punto que este año ganó la elección presidencial, debió alertarnos: los partidos autoritarios pueden reciclarse y volver. Hoy, la joven e imperfecta democracia mexicana está en camino

de colocar en el centro del proceso político al que fue uno de sus enemigos más persistentes y más astutos.

En el 2000, a los vencedores, a los que “tomaron palacio” para supuestamente acabar con el autoritarismo, finalmente, les pareció conveniente que el partido desplazado no se convirtiera en historia, sino que sobreviviera, pues podía serles útil contra el verdadero enemigo: la izquierda. Y esa lógica explica, al menos en parte, que hoy la derecha identificada con el PAN y encabezada por Felipe Calderón, no muestre pesar por dejar un poder que va ir a dar a manos del PRI de EPN.

La Relación entre la Misma Especie. El PRI, como se sabe, no nació como un partido ordinario. Se le insufló vida desde la presidencia no para que elaborara de manera independiente sus plataformas, designara a sus candidatos y compitiera electoralmente. No, simplemente nació para auxiliar al grupo ganador de la Revolución Mexicana en la administración del poder adquirido tras la guerra civil. En efecto, el PRI nació para obedecer a una voluntad superior y administrar una contradicción permanente: la que se dio entre el discurso del gobierno - democracia y respeto al marco legal- y el funcionamiento real de un sistema donde no había contrapesos, no había rendición de cuentas, la corrupción era sistemática y las elecciones se decidían antes de que se

votara. Por una buena parte de los años que el PRI monopolizó el poder, la administración de la contradicción fue exitosa y aún lo es en casos como el del Estado de México.

Sin embargo, a partir del 2000, con la pérdida de la presidencia, los gobernadores priistas -que son la mayoría- se independizaron políticamente de cualquier control superior y se convirtieron en señores de sus feudos. Si finalmente EPN es ungido presidente ¿Podrá volver a imponer la disciplina y la centralización que antaño fue indispensable para el *modus operandi* priista? Bajo ese mismo supuesto, en el congreso federal ¿Los legisladores obedecerán las órdenes de sus gobernadores o las del centro? Ahora bien, lo más importante va a ser no esa relación interna del PRI sino la externa: su relación con un entorno más de ciudadanos y menos de súbditos.

El Nuevo Hábitat y el Viejo Saurio. En lo inmediato, el proceso político mexicano depende de cómo se procese el triunfo electoral que hoy reclaman como legítimo el PRI y todas las fuerzas que le apoyan o toleran, tanto dentro como en el exterior. Sin embargo, la izquierda, encabezada por Andrés Manuel López Obrador (AMLO) aún no acepta la validez del proceso electoral que acaba de tener lugar. Y sin esa aceptación, la legitimidad del supuesto vencedor no queda afianzada del

todo; eso lo sabe por experiencia propia Felipe Calderón. Así, la forma como se resuelva la impugnación presentada por AMLO -esta implica reabrir los paquetes electorales, investigar la compra de votos y los gastos de la campaña- será determinante para la siguiente etapa del proceso, pues condicionará la manera como los adversarios se enfrentarán en las varias arenas de la política, como se ejercerá el poder y como se enfrentarán los grandes y muy complicados temas de las agendas económica, social y de seguridad del país.

Lo que Cambió. Si finalmente llega a la presidencia el hombre de Atlacomulco, el gran problema político será la relación entre esa presidencia y el conjunto de intereses que representa -Televisa, los feudos sindicales, las grandes empresas, etc.- con esa parte muy amplia de la sociedad mexicana que ya no está dispuesta a aceptar una restauración. Por otro lado, también cabe preguntar ¿Cuánta energía estará dispuesta a invertir la sociedad en la defensa de lo ya ganado, en sostener y ensanchar el espacio democrático? Y es que hay que tener en cuenta lo señalado por Latinobarómetro en 2011, que apenas el 40% de los mexicanos dicen apoyar la democracia.

La actitud asumida por AMLO al cuestionar la legitimidad y la legalidad del triunfo priista, es ya un indicador de que las agendas del

PRI van a topar con resistencias. Las movilizaciones de los estudiantes del movimiento “#Yo Soy 132” son otro indicador. La Ciudad de México, en tanto bastión de la izquierda, será el escenario privilegiado de la confrontación entre los instintos antidemocráticos del PRI -el estilo Estado de México de gobernar- y la capacidad de la sociedad civil para oponerse.

En Suma. Todo indica que una parte -quizá la esencial- del proceso político mexicano en los años por venir, será el esfuerzo de la parte más democrática de la sociedad mexicana -la izquierda, “#Yo Soy 132”, las ONG y similares- por neutralizar la esencia autoritaria del PRI. Ojalá ese esfuerzo se hubiera dirigido a algo más constructivo, pero ese es un “hubiera sido” que ya no tiene caso lamentar.

RESUMEN: “LA GRAN INTERROGANTE ES: ¿HASTA QUE PUNTO LA SOCIEDAD MEXICANA ESTARÁ DISPUESTA A INVERTIR SU ESFUERZO EN MANTENER Y ENSANCHAR LOS ESPACIOS DEMOCRÁTICOS QUE HA GANADO?”

**www.lorenzomeyer.com.mx
agenda_ciudadana@hotmail.com**